



Los institutos nacionales de investigación

Hay que aprender algo de esta historia de esfuerzos desvirtuados por decisiones improvisadas.

Vale la pena recordar un momento crucial en el siglo XX en el que se tomaron decisiones radicales para impulsar la ciencia y la tecnología en el país. Fue alrededor de 1968, en el gobierno de Carlos Lleras Restrepo. Se conformaron entonces algunos institutos nacionales para la investigación científica. En la mayoría de casos fue la consolidación e integración de esfuerzos anteriores, pero que en ese momento adquirieron carácter y funciones, así como edificios, plantas de personal, equipamientos y presupuestos. Me limitaré a tres ejemplos. Se actuó en Colombia como en los países desarrollados, donde se construyen costosos centros con gran potencial de investigación.

La decisión política no duró mucho y logramos, con acciones y con omisiones, frustrar las esperanzas que estos institutos despertaron. En 1917 se fundó el Laboratorio Samper Martínez, iniciativa privada de dos médicos bogotanos para responder a problemas de salud que no podían ser resueltos en el país por falta de conocimiento y tecnología. El Estado lo adquirió en 1928 y lo convirtió en una institución pública.

Existían, además, el Parque de Vacunación, que producía la vacuna contra la viruela; el instituto Carlos Finlay, que producía vacuna contra fiebre amarilla, y el laboratorio que producía la vacuna antituberculosa, entre otros. En 1968 se organizaron todos en el Instituto Nacional de Salud (INS), al que se adicionaron ramas técnicas que se encargaban de las estadísticas de salud y del control de enfermedades.

En 1916 se creó la Comisión Científica Nacional, a la que se le encargó realizar la cartografía geológica del país, la exploración de los recursos mineros y el estudio del subsuelo. Por los años 50 se anexaron la Planta Metalúrgica de Medellín y Laboratorios de Fomento Minero. El Laboratorio Químico Nacional, que fue creado en 1928, también se anexó durante la reestructuración del Instituto Colombiano de Geología y Minería (Ingeominas) en 1968.



Sala de Prensa

El Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) provenía de una corporación que atrajo a parte del potencial de investigación agrícola que existía en universidades y escuelas. Se le dio carácter de establecimiento público descentralizado y comenzó a recoger otras iniciativas dispersas. En 1968 se consolidó con 52 agencias que prestaban asesoría técnica y científica, 30 programas nacionales y centros experimentales en todo el país. El panorama se completaba con otras instituciones, entre ellas el Instituto Nacional de Cancerología, la dirección de nutrición del ICBF, el Dane y, notablemente, el instituto rector y financiador de la ciencia: Colciencias.

Pero en los años que siguieron hubo eventos que lamentar. A veces se toman decisiones que parecen convincentes en el momento, pero con mal efecto a largo término. Los institutos descentralizados y autónomos se convirtieron en “brazos técnicos” de los ministerios. De asesores científicos independientes, que podían decirle al gobernante lo que era posible y deseable, pasaron a cuerpos técnicos que apoyaban planes de acción inmediata. La investigación se volvió operativa, de corto vuelo.

Otros eventos ensombrecieron el panorama: ¡se cerraron el Instituto de Investigaciones Tecnológicas y el Instituto de Ciencias Nucleares y Energías Alternativas, por inviabilidad financiera! (no es un chiste, aunque cuando lo cuento piensan que bromeo). Hay que aprender algo de esta historia de esfuerzos visionarios desvirtuados por decisiones improvisadas. Parece ser que es tendencia nacional que las “ocurrencias” de los candidatos y gobernantes –improvisaciones en un momento de presión política– predominen sobre la reflexión y la planeación responsable a largo término.

Diario El Tiempo-30.05.2014-Sec. Debes Leer, pág. 19.